

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La Fiesta Mayor.

(Continuacion.)

De regreso á su alojamiento, se hallan los forasteros con su correspondiente jicarita de chocolate, que les está esperando en compañía de otras varias, hirviendo lentamente al rededor de la lumbre de los fogones, formando una especie de coro de beatas en actitud de estar diciendo padre-nuestros. Sin pararse en símiles toma cada *quisque* la que le dan, apurándola en un santiamen, y con este lijero refrigerio se les despeja á todos un poco la cabeza, pues para despejarla, nada como tomar un diminuto pocillo de chocolate con un vaso mayúsculo de agua fresca. Pero á la accion, sigue la reaccion inmediatamente, y nuestros forasteros al cabo de poco rato se hallan tan mal ó peor que antes, vagando de una parte á otra, sin ganas de pasearse, ni de estar sentados, ni de hablar ni de leer; en una palabra, sin saber ellos mismos lo que quieren.

Gracias á que se acerca la hora del Oficio; hora precedida de algunos momentos de actividad y de barullo, en que vuelven los ciu-

dadanos á despavilarse un poco con el zaran-deo de lavarse, arreglarse el cabello y echarse encima los mejores trapillos que han traído; operaciones todas que, por razon de las circunstancias locales de las habitaciones, las hacen *ellos y ellas*, esto es, los individuos de ambos sexos, poco menos que á la vista *unos de otras*, y asi con cierto descuido, como si la tarea que recíprocamente les ocupa impidiese á los ojos hacer de vez en cuando alguna expedicion indiscreta.

Empavesados como faluas en un dia de regata, marchan derechitos á la iglesia, mas por costumbre que por devocion. El templo es pequeño; la reunion numerosa; el calor magno; y luego las luces, la música, el canto, el sueño, el desfallecimiento ¡que conjunto de cosas para pensar en el santo, y honrarle en tan breves instantes con la devocion debida! Bien que ya hemos dicho que lo principal es lo accesorio en las fiestas mayores.

Concluye al fin el oficio y con él la primera parte de la festividad. La iglesia queda desocupada rápidamente, como si su bóveda amenazare ruina; y el santo se queda en ella á sus anchuras, sin que nadie se acuerde de hacerle compañía, mientras que sus distraídos adoradores van al paseo, si es que lo hay

á rendir culto al ídolo de la vanidad, y á recoger su buena dosis de polvo y de calor.

Pero suena la hora de la comida, y el paseo queda á su vez desierto como lo quedó la iglesia, si bien que algo mas despacio, como localidad al fin cuya techumbre no hay riesgo de que se venga encima.

Ya los tenemos en casa, puestos á la fresca como ellos dicen, esperando con vivas ansias el crítico momento del gaudeamus; pero este momento no acaba de llegar nunca, porque los encargados de la cocina, con harto disgusto de los dueños, andan por allá bastante rezagados, por razon de ciertos percances que han ocurrido, hijos de su poca idoneidad y esperiencia en las prácticas superiores del arte culinario. Por fin se dá el aviso de «Señores, cuando VV. gusten...» pero esto, solo como voz preventiva para acercarse á la mesa; no para sentarse á ella, pues como si se tratase de castigar los desfallidos estómagos de los forasteros con los tormentos de Tántalo, se pasa media hora en la distribución y definitiva ocupacion de los puestos, cuya prolongada série de cumplimientos entre los comensales, nos recuerda el cuento aquel que Sancho Panza contó en casa del Duque, con motivo de la resistencia que habia opuesto D. Quijote á sentarse á la cabeza de la mesa.

Sentados ya, viene aquello de sírvase V. —No haga V. cumplimientos.—¡Que ha hecho V.!—¿Es para mí? basta! basta!!—Sino hay nada.—Tampoco lo comeré.—Vamos, este poquillo mas—gracias.

Esto en la sopa; en el cocido sucede otro tanto y algo mas pues es frecuente en él la ocurrencia de que queriéndole á uno obsequiar, le llenen el plato de cosas que no le gustan, y que no hay mas remedio que comerlas ó por lo menos probarlas, aunque sea á costa de la salud, só pena de cometer un crimen de lesa educacion.

No nos detendremos en describir plato por plato todos los que salen á la mesa, porque

ya se sabe que en una fiesta mayor, todo el gasto lo hace la carne y los pollos, los pollos y la carne y vice-versa. Tampoco hablaremos de su condimento porque en esta parte cada maestrillo tiene su librito y sobre gustos no hay disputas, y porque ademas es cosa muy comun la de no hallar otra cocina como la nuestra.

Demos pues fin á la comida, con cuya jornada quedará concluida la segunda parte de la fiesta mayor, parte que sin duda es la mejor y mas principal por la parte que todos en ella toman sin distincion de edades, sexos y condiciones.

Y ahora ¿qué es lo que piensan hacer nuestros forasteros? Donosa pregunta, se nos dirá; ¿pues que han de hacer mas que irse á dormir una linda siesta de dos ó tres horitas? ¡Dale con el dormir! ¿Acaso no hemos dicho que en las fiestas mayores no se duerme? Y si nó, nada, veamos quien es el guapo que duerme esa siesta á una hora y en unas habitaciones en que el Reaumur marca 38 grados sobre cero. Tiren por donde quieran no les queda mas recurso que sentarse en una silla á dar cuatro cabezadas haciendo un vano y oscilante simulacro de sueño, ó bien echarse á jugar al tute ó á la treinta y una con dos ó tres viejas, ó con algun chiquillo, lo cual en resumidas cuentas viene á ser otro simulacro: simulacro de juego.

Pero el sol ya vá de capa caída, y es hora de ir á paseo; al avío, pues; vengan otra vez los trapitos y á la calle con ellos, y venga polvo y venga calor, y crezca el cansancio, y déense vueltas arriba y vueltas á bajo, coqueteando esta, haciendo el oso aquel, mofándose disimuladamente los de la ciudad de los del pueblo, riéndose los del pueblo de los de la ciudad, y ninguno pudiendo decir con verdad que realmente se está divirtiendo.

La noche disipa la concurrencia, y todo el mundo comparece en sus amenas viviendas para cenar y arreglarse para ir al baile. La cena suele ser breve como misa de requiem,

porque generalmente todos se hallan aun con la comida en la boca, como vulgarmente suele decirse, y especialmente la gente joven que no se acuerda mas que de sus trages, de sus cintas de sus adornos y de las delicias del salon, ¡que algarabía aquella! ¡que confusión tan espantosa mientras dura el acto del vestuario! ¡Qué denuestos contra la modista! ¡qué imprecaciones contra el zapatero! y ¡qué invectivas tambien del atolondrado que se ha vestido ya contra el posma que aun se está vistiendo! Al fin todos están listos y puestos *en rute*. Dejemoslos marchar benditos de Dios; pero no, que tendríamos miedo de quedarnos solos en unas habitaciones cuyo desorden nos haria creer que nos hallábamnos en las viviendas de una plaza tomada por asalto y cuyas levitas y vestidos revueltos y tirados poco menos que por el suelo, nos parecerian otros tantos cadáveres pasados á cuchillo y decapitados por la sangrienta espada del vencedor.

Alejémonos pues de estos sitios pavorosos, y hagamos lo que los demas, vamos al baile. Entremos. . . . pero ¡ay! que nos hemos olvidado de proporcionarnos targetas, y sin ellas la guardia del álcazar nos ha dado el grito de «atrás paisano». Permítannos, pues, nuestros lectores que nos ausentemos un poco para ir á buscarlas.

(Se continuará.)

Julian de Chia.

OBDENANZAS.

Manda el Señor Cupido
que en su milicia
haya pocas ausencias,
muchas revistas.

Pues que es constante
que la plaza que vaca,
se dà al instante.

Las mugeres del dia
por lo que vemos;

tienen propios y arbitrios
como los pueblos.

Pero es preciso
enagenar los propios
por los arbitrios.

El que juega á las damas
al punto coma;
porque si nó el contrario
llega y la sopla.

Me he descuidado
y una que yo tenia
me la han soplado.

Cuando veo una hermosa
al punto digo:

A tu prógima ama
como á ti mismo.

Pero si es fea
digo: jamas codicies
muger ajena.

Hay gatos que callando
comen pichones;
y otros hay que mayendo
no ven ratones.

Y de esto saco
que aquel que menos maya
es mejor gato.

Una verdad.

Hace poco estuvo en cierta ciudad un célebre aereonauta, que ascendia en el globo montado en un burro.

Dos jóvenes presenciaban la ascension, y dijo el uno al ver el pollino en que subia cabalgando el aereonauta, ¿si tambien el individuo tendrá pretensiones?

Desengañate contesto el otro; no hay mejor cosa para ascender que ser borrico.

Las Sras. C. y R. son compañeras de paseo, y se aborrecen con la mayor finura y mas esquisita política.

Hace pocos dias que un caballero elogiaba en casa de una de ellas el talento y hasta la belleza de la otra.

—Si, hermosa es, dijo alguno, pero tiene la boca un poco grande.

—¡Un poco! añadió la dueña de la casa, es V.

muy atento. Yo la ví reír ayer noche y su boca se tendió de tal modo que se mordió la oreja.

Por todo lo no firmado;

J. Zappino.

La Puerta del Sol al anochecer.

« Quedò don Cleofás absorto en aquella pe-
pitatoria humana de tanta diversidad de ma-
nos, pies y cabezas, y haciendo grandes ad-
miraciones. dijo: ¿Es posible que para tantos
hombres, mugeres y niños hay lienzo para
colchones, sábanas y camisas? »

(El diablo cojuelo.)

Comun achaque es de los que tienen la desgra-
cia de vivir en las grandes capitales, el convertirse
en *cicerones* de los que abandonan sus provincias
para gozar del ruidoso tumulto que aquellas siem-
pre ofrecen. Uno, pues, de la mia, de edad madura,
rico propietario y que se llamaba D. Felix por mas
señas, tuvo un día la humorada de arreglar su ma-
leta, tomar un púesto en la diligencia y plantarse
vellis nollis en esta coronada villa, no sin que, en
el viage sus huesos quedaran algo mas molidos que
los del famoso hidalgo, luego de acometida la céle-
bre aventura de los molinos, que él tomaba por
feroces y descomunales gigantes. Antiquísimo amigo
de mi familia, y habiéndome regalado cuando niño
ya con dulcísimos merengues, ya con sendos cache-
tines, segun su buen ó mal humor, natural se ha-
cia que yo no fuese de los últimos á quien viniera
á dar un cariñoso abrazo, y mas lógico era que
viese en mí un nuevo hilo de Ariadna que le con-
dujese con alguna seguridad por el confuso é in-
trincado laberinto de esto que llaman Corte. A pesar
de que D. Felix era hombre de comodidades, y que,
recien llegado por la mañana, sus años sentian los
efectos del viage, propúsome al anochecer un paseo
por las calles mas notables, y una visita á la *Puer-
to del Sol*, de la cual segun decia, contábanse allá
er provincias, tantas y tan grandes maravillas. A lo
primero accedí con gusto, pero respecto á lo segun-
do húbele de hacer las observaciones convenientes,
para que desistiera de tan grande despropósito. Así
pues describíle la agitacion y el ruido que allí se levan-
taba, las incomodidades que sufriríamos, los peligros
que se corrian, y sobre todo, no me olvidé recor-
darle su edad y lo fatigado que se encontraba para
llevar á cabo empresa de tal naturaleza. Pero tanto
porfió el bueno de mi viejo, que enderezando el
rumbo por las calles del *Desengaño* y *Fuencarral*,
pronto nos encontramos en la de la *Montera*, donde
se levantaba, desde su empedrado hasta las azoteas

una densa admósfera que privaba á los objetos des-
tacarse con claridad.

—¿Es esto niebla? me preguntó D. Felix.

—No, querido: es polvo.

—¿Como no riegan?

—Ahí verá V. Madrid con ser la corte y la corte
con ser Madrid, no tiene como otras poblaciones
subalternas el privilegio de que sus calles se vean
regadas una sola vez al día.

—Oh! oh! exclamaba mi compañero: esto no pa-
rece la corte; y de vez en cuando arrojaba sendos
resoplidos, como para ahuyentar el polvo que sitia-
ba sus lábios y garganta.

Cuando llegamos al anhelado sitio, daban las ocho
en el reloj del Principal. En aquella hora no parece
sino que Madrid despierta de un apesarado sueño,
y que se lanza ávido á las calles para respirar un
aire cuya falta hale aletargado durante el día. La
Puerta del Sol, pues, como centro de la poblacion,
es precisamente el punto donde vá á parar la ma-
yor parte de sus habitantes. Lugar al cual conflu-
yen las calles mas principales, círculo concéntrico
de donde parten los radios de la gran circunferen-
cia, la *Puerta del Sol*, desde las siete hasta las nue-
ve de la noche, se convierte en un infierno cuyas
calderas son su mismo piso recalentado por el ar-
diente sol de todo el día, su fragor el que produce
tanta gente y carruages, y sus diablos los aurigas
con sus látigos que azotan y atropellan sin mira-
miento á todo el que tiene la desgracia de discurrir
por aquella Babilonia.

Esto es la *Puerta del Sol*, dije á D. Felix seña-
lándole aquel espacio irregular sin forma de puerta
ni plaza, pero bastante ancho para que sirviese de
algun desahogo á la gran multitud que allí acudia.

Mi amigo observaba atontado aquel trasiego.

—Nada veo de particular, contestóme, si no es
mucha gente y mucho polvo.

—Ya abriré sus ojos de V. le dije, y verá ma-
ravillas.

D. Felix los abrió como puños y se preparaba
á avanzar sin duda para satisfacer mas cumplidamen-
te su curiosidad, cuando le detuve por el brazo.

—No demos un paso mas, le dije, se comprende
que Leonidas hiciese frente á sus innumerables
enemigos en el paso de las Termopilas; pero por
las barbas de mi abuela, que si resucitara no salva-
ba el bueno del espartano capitan el difícil trayec-
to que desde la calle de la *Montera* á la de *Carre-
tas*, media. Quedémonos en la desembocadura de la
primera, que ademas de ser el punto mas á propó-
sito para ver y observarlo todo, es el mas estratégi-

co para tomar en su ocasion y tiempo una buena y heróica defensa.

—Habrà revolucion? dijo asustado D. Felix que aunque provinciano no ignoraba que siempre aquella tiene origen en el sitio en que nos hallábamos.

—No tal, contestéle: al menos así lo creo. La buena defensa á que alúdia consistirá tal vez en que la lanza de algun carruage, puede muy facilmente besar nuestras barbas ó un raterillo visitar nuestros bolsillos; pero antes de que así suceda, quiero como he prometido, abrirle los ojos para que vean ciertas cosas que solo los míos reparan por estar á ellas acostumbrados.

—¿Ve V. aquel hombre apoyado en un rimero de ladrillos con una cajita de pajuelas suspendida de una correa?—Si le veo.—Pues oigale, y verá como á grandes voces clama que vende *fósforos y papel para cartas*. Pero no le crea V. Pídale tabaco y el se lo dará *legítimo de la Habana*; preguntele, si ha pasado por ahí tal ó cual encopetada dama, ó tal ó cual modesta costurera, y le contestará al momento: si sabe un cuarto donde citar á una querida, y le satisfará al instante. Estos son hombres que todo lo saben, que todo lo tienen y que todo lo venden. Pero dejémos esta maravilla del siglo 19, y vuelva V. la vista á aquel grupo donde campean seis calañeses entre algunos sombreros redondos: los primeros son toreros, y los otros jóvenes que pertenecen á lo mas elevado de nuestra aristocracia. Así como la de Inglaterra pierde el tiempo ocupándose de *elecciones, bills y meetings*, la nuestra lo aprovecha disputando sobre picas, banderillas y pases de muleta. Apostaría un ojo de la cara que ahora se ocupan del siniestro sucedido á *Desperdicios* en la plaza de Málaga. Guapos muchachos!... Vé V. aquel otro círculo donde seis ó siete han tomado por su cuenta á uno regordete, de color trigüeño y de alguna edad? Pues estos son mineros, que dan noticias de la *Inagotable* al otro á quien han agotado ya su caudal. Mire que papeletas sacan: son acciones de minas que el regordete toma en cambio del producto de unos chorizos que vende en la plaza de la Cebada. Es tal la pasión que las ha tomado, que cuando no tenga mercancía ni dinero, es capaz de venderse por chorizo para que sus títulos no caduquen.

¿Vé V. esta grande caja ambulante empavesada de banderolas? Es una linterna magica. Por sí quisiera oír una buena orquesta, aguarde y oirá el *tantaran-tan* del redoble, y el *chiriu*,... *chiriu* del clarinete con que su dueño llama la atención del público. Y no es esto solo: si quiere saborear un trozo magnífico de elocuencia, espere y quedará admirado.

¿Oye V? Aquí se vé al Gran Turco Ablun Manchín, cuando vá á dar gracias á N. S. Jesucristo á la Iglesia de Santa Sofia por haberse declarado la guerra á Rusia y al Oriente.

Tan tanran tan taran. También se vé señores una marcha de cosacos y otras fuerzas turcas que se dirigen á Sabastopol. Son hombres de muy grandes barbas y no comen sino remolachas.

Chirriu. . . . chirriu. . . . chirriu. . . .

Mire V. cuantos á tal llamamiento se arriman á los cristales; pero calle, que mientras contemplan al bueno del Sultán y á los cosacos de Turquía, un raterillo de España se escurre entre las faldas de los espectadores y aligera el bolsillo de unos cuantos, de tal modo, que no les dejará dos cuartos con que pagar al Demóstenes moderno.

Apártese: no le atropelle: ese viene del Prado: aunque V. le vea ginete en alazan soberbio, no por esto deja de ser un chisgaravis pelado. Tiene treinta años: se ignora de donde y como vino á la corte; no ejerce oficio ni carrera; frecuenta los elevados círculos, y por un *quitáme allá estas pajas* le planta un floretazo al mismo lucero del alba.

¿Descienden tan tarde aereonautas? Ah! no: es una señora que viene hacia nosotros. Si Mr. Arban resucitára habia de tomar sus faldas por globo y elevarse con ellas á las aereas regiones. Uf!.. que miriñaque! y el arrebol! y el blanquetel!.. Pero vea V., D. Felix, aquel grupito que á mi se me figura constar de un viejo con pretensiones de joven, y de una niña que todo lo parece menos lerda. Como se sonrie el primero!..... como se raboriza ella!.... Un billete; una flor; se dan las manos; vuelve ella los ojos. D. Felix: no salga el sol por Antequera. Y ya que de soles hablamos, mire el que descende por la calle de *Carretas*, cuyos rayos pudieran reverdecer al corazón mas agostado. Buena planta, airoso talle, fino cutis; pero, calle! ¿Que trae en los ojos? Quevedos! Para mi santiguada si no es tuerta ó vizca á lo menos.

¿Que aguardan estos parados? Nada: hacen tiempo. Si pasa alguna modista de pié breve y mantilla terciada, la miran, la siguen, la echan flores, y á veces, ¡mal pecado! (esclamaria Mariana) se detienen en algun portal mas tiempo del que fuera menester.

¿Que grita este ciego? Oigamos: *El papel que explica el modo como ha de acabar el orbe y el mundo entero el dia 13 de Junio. También cuenta las cabriolas que dará la luna y las monadas que la hará el sol. Entonces se saldrá de madre el Manzanares y arrastrará consigo muchos cadáveres, esqueletos y algunos cuerpos muertos.*

—Hay! ... exclamó con dolorida voz D. Felix.
 —Que le pasa?
 —Este ciego me ha muerto.
 —Mire entonces no le arrastre el Manzanares.
 —No sé si me arrastrará; pero rato hace que una legion de diablos parece que me aplasta la cabeza: este ruido me mata: el polvo me ahoga, y ahora este ciego me acaba de dar el último golpe con su disparatada elocuencia.
 —Horchateroooo! grita un valenciano con toda la fuerza de sus palmones.
 —Cafeeé; cafééé... éé! ahulla uno del Avapiés.
 —Tiernecitos, los bollos, tiernecitooooó! clama una manola.
 —Fresquita como la nieve, fresquitaá! dice un aguador.
 —Azucenas y rosas, azucenas y rosaaá! grita una ramilletera.
 —Papel para cartaaás!
 —Fosforocós!
 —Vamonos de aquí... salgamos pronto, murmura con apagada voz D. Felix. Un minuto mas, y me caigo desmayado. Subimos á un coche y acompañele á su casa. Al día siguiente fui á visitarle: un fuerte dolor de cabeza le obligaba á guardar cama. Esto no será nada, le dije; es uno de los muchos efectos que produce *la Puerta del Sol*.

—José Comas y Galibern.

La Judía de Sebastopol.

(Traducción.)

II.

La hospitalidad Judía.

(Continuación.)

Axa permaneció por algunos momentos inmóvil como el ángel de la meditación. Educada en todas las creencias de su secta, no conocía á los cristianos mas que como enemigos de Dios, y como adoradores de un falso Cristo. Eran á sus ojos, los perseguidores y los verdugos de su raza. Los hacia á todos responsables de las humillaciones y persecuciones que sufría su padre, de modo que ya detestaba á los huéspedes, por que creía que su presencia constituía un nuevo vejamen.

Al oír cerrar la puerta del dormitorio de su padre, cesó su inmovilidad y alzose, pero siempre dominada por un pensamiento que reflejaba en su fisonomía, el pesar y el dis-

gusto. —Dió algunos pasos ácia la lampara, se detuvo, estendió su mano y se detuvo por segunda vez.

Que era lo que pasaba en aquella imaginación? Por que esos movimientos contradictorios, indicio de combates interiores? Hija de Jacob, era tambien hija de Eva. La curiosidad la tenia indecisa, la incitaba á dar un paso, que su conciencia rechazaba. Se consultaba á si misma, si era conveniente el que fuese á dar una vista al cuarto de los prisioneros.

Su padre no la habia privado nada. Ella tenia derecho y le era permitido el saber y asegurarse que clase de gente era, la que se habia recibido en su casa. Habiendo puesto su conciencia en completa conformidad con sus deseos, tomó la lámpara y descendió rapidamente, aunque sin hacer ruido.

La puerta del cuarto de los prisioneros estaba entornada, la obscuridad reynaba en su interior, no se oía mas que la respiración de los dos franceses.

Axa preguntose por última vez, si debia entrar ó volverse. Pero habia ya avanzado demasiado. Acabó de abrir la puerta con mucho cuidado, y el resplandor de la lampara, se proyectó sobre los prisioneros. —Sin saber como se encontró al fin á algunos pasos de sus huéspedes. Entonces se detuvo. El corazón le latia fuertemente.

El herido, á quien habian despojado de su uniforme y de todo aquello que podia impedir sus movimientos ó su respiración, mostraba varias manchas de sangre esparcidas en su pecho. En el brazo derecho tenia una compresa y otra cubria su frente. Estos eran los dos puntos en que habia recibido sus heridas.

El aire marcial que conservaba hasta en su sueño, contrastaba con la dulce y juvenil figura de su compañero. Este se habia dormido con su uniforme de soldado de linea, sin charreteras ni sardinetas.

Axa no conocia, ni habia visto mas, que las barbas asquerosas, y las erizadas cabezas de los soldados del Czar, ó el tipo desgraciado de razas bastardeadas por el regimen moscovita. La figura menos desagradable, que habia visto, era la de Zamori, y esta tenia motivos mas que suficientes para

aborrecerla.—Estaba pues, sorprendida y maravillada ante aquellas figuras, no tanto por su belleza, si no por esa espresion de tranquilidad, que nunca habia podido distinguir en la arrugada frente y falsas miradas de sus compatriotas y correligionarios.

Este espectáculo era para ella como una revelacion; su vista andaba errante del uno al otro y no sabia á cual de los dos admirar mas.

De pronto Axa exhaló un grito ahogado, que no pudo contener completamente; á la vista de la sangre que corria por la frente del herido, por habersele aflojado el apósito.

Dominada por este espectáculo, fascinada por la primera impresion, olvidó los consejos de su padre, dejó la lámpara sobre una silla, y se aproximó para limpiar con su pañuelo la sangre y apretar el apósito.

A pesar de su cuidado y discrecion, la ligereza de sus movimientos hizo que el herido despertase, pero muy débil, y aturdido á consecuencia de sus heridas, entreabrió sus párpados y fijó su vista en Axa, creyéudose, sin duda, poseido de uno de esos agradables ensueños.

Tremula y espantada Axa, de la audacia con que habia obrado y de la transgresion de sus deberes, abandonó el pañuelo con que enjugaba la sangre y retrocedió algunos pasos, quedándose inmovil: revestida de sus blancos ropages, cualquiera la hubiera creído el gravado de una divinidad griega. Para completar esta ilusion, la lámpara proyectaba sobre ella un claro oscuro misterioso que la daba el aspecto de una aparicion mas bien que el de una criatura humana.

Hector Dubourg, subteniente de linea, no era supersticioso. Sin embargo, lo extraño de su situacion, los repetidos desmayos que habia sufrido por la perdida de su sangre, habian alterado ó entorpecido sus ideas, de tal modo, que no le permitian darse cuenta de lo que le rodeaba.—El querer ensayar un movimiento, le recordó la realidad. La herida del brazo, le hacia sufrir agudos dolores; tan solo con haber tratado de moverse.

—Donde estoy? Quien sois?

—*Tishina* (silencio) dijo en ruso la blanca aparicion, señalando con el dedo al compañero del herido, que permanecia dormido.

Hector volvió la cabeza, con mucho trabajo, hacia su compañero, y exclamó:

—Pobre jóven!

Axa queria retirarse, sin añadir ni una palabra mas, pero la compasion ó mas bien la fascinada que la tenia aquel cuadro, que veia por primera vez, y que en algunos momentos creia que era producto de un ensueño ó de una cosa sobrenatural, la contenia, la obligaba á estar, sin ser su voluntad.

—Quién sois, angel de misericordia? Dijo Hector en voz muy baja: donde me han traído?

—Cristiano, yo no soy angel, no soy mas que una infeliz muger que viene á socorrerte, y estás en casa de enemigos.

Hector, hizo un movimiento, para considerar, para poder admirar mas el bello rostro de la que asi le hablaba, pero este movimiento le produjo un nuevo y agudísimo dolor.

—Ah! cuanto sufro, dijo, vencido por el padecimiento.

Pronta la joven Axa, deseosa de aliviar al herido, adelantó un paso é iba á hincarse de rodillas para mejor poder auxiliarlo, cuando á efecto del ruido que hizo, el joven compañero de Hector despertose:

—Llamais, mi Subteniente? dijo.

Su voz argentina y fresca, no parecia de un adulto y mucho menos la de un soldado.

—Esperaba con ansiedad la contestacion de su compañero

—Mira quien está ahí, balbuceó Hector, dirigiendo su vista al lado por donde habia visto á Axa.

Vanamente su compañero miró escrupulosamente por todos los rincones de la estancia, pues no distinguió forma humana alguna. La Judia habia huido y solamente habia dejado la lámpara.

A la mañana siguiente, Hector no podia asegurar, si el incidente de la noche, habia sido sueño, realidad ó producto de la fiebre.

Abiazar entró á dar los buenos dias á su hija, diciéndola: los cristianos han querido hollar nuestra morada, con la presencia en ella de dos de los suyos. El señor ha dicho: «Tu no habitarás con los impios, pero morarás en mi tabernáculo con los Santos de Israel.»—Que la casa sea purificada cada dia, con mucho cuidado, siguiendo el ritó prescrito por el Levítico.

Axa se volvió hacia su anciano padre, con el rostro pálido y los ojos que parecían querer salir de sus órbitas y sacándole la biblia de las manos, que había cogido sin duda para proceder al sacrificio, la abrió diciéndole:

—Tranquiliza tu conciencia, padre mio, por que el Señor no juzgará un crimen, lo que es ageno de nuestra voluntad, y ha escrito en el libro santo: «Si un extranjero habita en vuestro pais y vive en medio de vosotros, no le hagais daño: consideradle y respetadle como si hubiera nacido en vuestro pais, y amadle como á vosotros mismos: por que tambien habeis sido vosotros, extranjeros en el Egipto.»

(Se continuará.)

Miguel Nieto de Montaos.

Concierto.

La noche del sábado de la otra semana, se efectuó en casa del acreditado profesor de música D. Juan Carreras, un brillante concierto de piano y canto, en el cual tomaron parte varios de los aventajados discípulos de aquel.

La reunion fué sumamente numerosa y escogida.

Los que ejecutaron las diversas piezas de que se componia el programa, que á continuacion se inserta, supieron salir airosos, dando á comprender las bellas cualidades que les adornan.

Hé aqui el programa de la funcion:

1.º Vals á dos violines por los niños Carreras.

2.º Delirio de Rosellen, por la niña Barceló y Llach.

3.º Nocturno, cantado por la señoritas Ametller y Mateu.

4.º Schotisch, recitado y acompañado al piano por los hermanos Nieto de Montaos: letra de la Sra. Villamartin, y música de D. Juan Carreras.

5.º Duo á cuatro manos por el niño Cagigas y el Sr. Carreras.

6.º Aria cantada por la señorita Nieto de Montaos.

7.º Variaciones al piano, por la señorita Mateu.

8.º Final de la *Lucia* al violin por el niño Carreras.

9.º Duetto del *Asedio di Calais*, por las señoritas Rosés (D.ª Francisca y D.ª Isabel).

10.º Mazurca al piano, recitada y acompañada por sus autores los señores Blanch é Illa y Carreras

11.º Aria de bajo de *I Puritani*, cantada por el Sr. Vila.

12.º Variaciones sobre motivos del *Pirata*, por la señorita Cagigas.

13.º Duetto de *Semiramide*, por las señoritas Ametller y Mateu.

14.º Pastorela al piano por el Sr. Nieto de Montaos.

15.º Variaciones sobre motivos de *Il Juramento* por la señorita Contreras.

16.º Fantasía sobre motivos de los *Hugonotes* por el joven D. Ernesto Danis.

17.º Aria de la *Prova de una ópera seria*, por la señorita Lloret.

18.º Variaciones á cuatro manos por los hermanos Cagigas.

19.º Miserere del *Trovatore*, al piano, por la Sra. Roses (D.ª Isabel.)

20.º Gran ária coreada, por la señora de Cortada de Pascual y varios coros, música del Sr. Carreras.

21.º Gran fantasia sobre motivos de *la Linda*, composicion del distinguido profesor barcelonés D. Eusebio Fort, y ejecutada al piano por el joven don Emilio Danis

En vista del brillante éxito de semejante concierto, no dudamos que el Sr. Carreras se animará á abrir de vez en cuando sus salones, y complacer de este modo á los infinitos convidados que concurrieron al que tan gratos recuerdos nos ha dejado.

N. Blanch é Illa.

EPIGRAMA.

Todo está bien repartido
En el mundo, dice Andrés:
Y el mismo se ha desmentido,
Pues aunque en dos ha nacido
Debe andar en cuatro piés.

J. Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorea sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.